

No levantan nunca la voz, y muerden
como víboras.

Á mí, que me suelten toros.

Dios me libre de reptiles, que apenas se
mueven ni hacen ruido.



XXXV

La Virgen del Pilar

Dice

Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa.

.....

Zaragoza es un rosal
Que ha nacido en Aragón
Y la Virgen del Pilar
Es el capullo mejor.

.....

Y así me podría estar echando coplas hasta
el día del juicio.

Porque es el caso que hoy se celebra la
festividad del Pilar de Zaragoza y no hay
cabeza de español que no esté llena de
recuerdos, de leyendas de franceses, de gui-
tarras, de coplas, de baturros y de jotas.

En el fondo de todo eso ciertamente que hay una cosa muy seria, cual es nada menos que el fundamento de la fé española, ó sea de la historia de España, pues aunque se enfade mi amigo el notable escritor Desiderio Marcos, repito hoy otra vez, que en España, prescindiendo del catolicismo de la fe que implantó la Virgen en las orillas del Ebro, no hay nada absolutamente nada, más que vergüenzas, derrotas y cataclismos.

Y como ahora viene á pelo, diré que los hombres notables que existen en el día, aun cuando no sean católicos, han estudiado, no en plazas de toros sino en Universidades fundadas por la Iglesia, dotadas de cuantiosas rentas por el catolicismo y disminuídas y desposeídas de sus bienes por los librepensadores.

En esas Universidades estudiaban antes de balde los hijos del pueblo, mientras que ahora, gracias al liberalismo, cuesta un ojo de la cara seguir una carrera.

Vamos, pues, con la Virgen del Pilar.

Los españoles no se convertían al cristianismo ni á tiros. ¡Bonitos son ellos para admitir novedades religiosas ni políticas!

Santiago el Mayor, que había tomado á su

cargo el apostolizar á los iberos, estaba ya al borde del desaliento.

El Apóstol de España había de ser la misma reina del cielo y lo fué yendo á Zaragoza cuando aun vivía en carne mortal.

Lo mismo sucedió en México.

Aquí también los misioneros no convertían un indio y fué necesario que viniera la misma virgen al cerro del Tepeyac para convertirlos y hacerlos entusiastas para siempre del catolicismo.

Por eso dan risa los que quieren en México ó en España deshacer ellos con cuatro sandeces lo que hizo nada menos que la Madre de Dios.

El caso es que, sea rezando, sea cantando jotas, que de todas maneras se puede manifestar el entusiasmo por la Virgen, hoy conmemoran los españoles el comienzo de su fe.

Desde la aparición de la Virgen del Pilar, en todas las obras católicas, en todas las devociones del pueblo, en todas las hazañas de los españoles hay algo del pilar.

Porque en Covadonga está la fe que comenzó en el Ebro y esa misma fe, pintó en las naves de Colón la imagen de María:

y bordó los estandartes que ondearon en las Navas ó en Clavijo. Esa fe nacida en Zaragoza, llevó hasta Granada á Isabel la Católica, dictó los libros de Teresa de Cepeda y los versos de Juan de la Cruz y formó el estilo de Rivadeneira, Nierenberg y Granada.

Pedazos del Pilar eran los corazones que formaron murallas humanas ante Napoleón el Grande y los que vinieron á morir en la manigua de Cuba, defendiendo integridades é ideales que consideraban santas ante la risa estúpida de los que no entienden de ideales, ni de abolengos ni de grandezas.

Pedazos del Pilar son las chispas de amor de Dios y de la Iglesia que de continuo brotan en el pueblo español y mientras la piedra del Pilar esté horadada con el beso de los españoles, el libre pensamiento tendrá perdido el pleito y los jacobinos serán el hazmereir, hasta de los chiquillos de pañuelo rodeado á la cabeza, chaleco sin mangas y blanca camisa choricera.

¡Qué raciocinios ni que niño muerto!

Los ateos en España son entusiastas del Pilar.

Eusebio Blasco, que acaso sea el mejor

periodista de estos tiempos últimos, escribió toda clase de atrocidades: hasta se hizo socialista, pero en llegando el día 12 de Octubre dejaba toda la indumentaria liberal y allá van coplas y requiebros y entusiasmos para el Pilar.

Mariano de Cavia dice durante el año lo que se le antoja, pero hay que leer sus sermones, porque éste hace sermones sobre la Virgen de los aragoneses.

Cuando la revolución de Septiembre, hubo Gobernador, ¡qué bárbaro! que dispuso enajenar las alhajas de la Virgen de Zaragoza.

El deán de la Catedral citó al Gobernador para entregarle las llaves del tesoro.

El clero anunció á los cuatro vientos lo que se iba á hacer y así, á la hora prefijada, no se cabía en la plaza frente al templo.

Cogió el Deán las llaves en la mano, y dirigiéndose á la muchedumbre, dijo: « Me piden estas llaves que son vuestras: á vosotros las entrego y haced lo que queráis. »

Tiró las llaves al alto y ni que decir tiene que no parecieron, que de las alhajas no faltó ni una y que se salvó lo que la Iglesia quería salvar.

Los fuertes que mandó construir el Minis-

tro de la Guerra puede ser que alguien los destruya, pero lo que es esa muralla que se llama la Virgen y la jota, ésa está ahí hace dos mil años y no hay quien acabe con ella.

Ese es el orgullo de los aragoneses. Que tienen la fuente de la fe. Ya lo cantan ellos.

En España y sus regiones
Nada como Zaragoza.

¿ Por qué ? Pues

Porque aquí se halla la Virgen
Y aquí se canta la jota!

¡ Una friolera ! ¡ La Virgen y la jota !



XXXVI

Santo Domingo de Guzmán.

CUANDO se entra en la más grande Iglesia del mundo, en la Basílica de San Pedro de Roma, allá en lo más alto del presbiterio, en el lugar preferente está la Silla del Príncipe de los Apóstoles y, como dándola guardia de honor, hay dos santos cincelados en mármol y de gran mérito artístico : Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís.

Admirablemente sintetiza el cuadro que allí se presenta la historia de la Iglesia militante.

San Pedro es la cúpula, es el sol, es el rey; Santo Domingo y San Francisco son las columnas, los astros de primera magnitud, los príncipes reales.

Hemos tenido la suerte de llegar al siglo XX.

La electricidad hace maravillas; el vapor nos arrastra por mares y continentes con rapidez vertiginosa; la industria humana quita al invierno sus rigores y convierte el estío en suave primavera; nada ya se resiste al poder de los hombres; ha sonado la hora de que se haga efectivo el dictado de rey de la creación aplicado al ser humano.

Pero, sobre el mar alborotado de las pasiones; sobre el oleaje de los modernos placeres y adelantos materiales; iluminando la sociedad actual lo mismo que iluminó las pasadas centurias, se levanta la figura de los grandes fundadores, la figura de Santo Domingo y San Francisco.

Hoy como siempre al llegar la fiesta del gran santo de Guzmán, por doquier se escuchan alabanzas y se ven homenajes rendidos al ilustre fraile, no sólo por sus propias virtudes y méritos, cuanto por la obra de haber dado al mundo esa gloriosa generación de frailes y al mismo tiempo de santidad, de ciencia, de cultura, de verdadera civilización.

Y no quiero llamar á los religiosos con su

propio y verdadero nombre de religiosos : Me complace en llamarlos con ese nombre que en tono despreciativo les dan los mal avenidos con toda ciencia seria y mucho más con toda moral austera y pura.

Fraile, sí, fraile y fundador de frailes fué el varón ilustre cuya fiesta celebramos hoy los católicos.

Señalándole á él hemos de decir y decir muy alto : « ese es un fraile ».

Sentir la voz de Dios que dice : « Rompe con todos los afectos humanos; sal de tu casa y de tu patria; enciende tu corazón con un solo amor y ese no de este mundo, sino del cielo, dedícate á ir por la tierra cogiendo espinas y regalando flores ».

Oír esa voz, seguirla sin vacilaciones ni cobardías y seguirla siempre hasta el último suspiro.

Recibir los auxilios de lo alto y mandar á los elementos y á la vida y á la muerte y sanar á los enfermos y convertir á los pecadores y convencer á los incrédulos y superar á los más sabios y confundir á los malévolos y renovar las hazañas del Apostolado : he aquí la vida de Domingo de Guzmán.

Él nos dió ese Rosario, escala que desde

el Cielo nos echó nuestra Madre inmaculada para que sin peligro subiéramos hasta su trono.

Cántico de amor que resuena en las calles y en las plazas llenando de fervor los corazones, devoción del hogar doméstico que une á los vivos entre sí y á los vivos con los que dejaron ya la vida.

Yo no conozco nada más sublime ni conmovedor que el rezo del Rosario caldeado por el fuego del amor de los hijos á los padres y de éstos á los hijos.

Detrás de las rejas del coro, lo mismo que en las salas del cuartel, escúchase el dulce rumor del Rosario consolando penas, venciendo tentaciones y derramando bálsamo en el alma.

Colgando de la cintura lo llevan los religiosos y los religiosos triunfan de todos sus enemigos.

Sobre el corazón lo llevan los católicos fervientes y van sin vacilar por el camino de la gloria.

Entre las manos lo tienen los moribundos y mueren sonriendo.

Por treinta mil voces lo oí cantar en Lourdes y dije : « Este pueblo no puede

ser para siempre víctima del sectarismo. »

Llorando lo recitan las muchedumbres azotadas por la guerra ó por la peste; riendo lo cantan los pueblos que dan gracias á Dios por los beneficios recibidos y de todas maneras y en todas ocasiones el Rosario es la expresión de la fe ardiente, del amor sincero, del entusiasmo religioso.

El Pontífice que acaba de bajar al sepulcro merece, á no dudar, nombres gloriosos; pero acaso ninguno merece mejor que el de Apóstol del Rosario.

La figura de León XIII debe ser representada teniendo sobre el pecho el Rosario. Fué su escudo, su fuerza y su consuelo.

El culto, pues, entusiasta que todos los pueblos del globo rinden al gran santo de Guzmán, bien pudiera condensarse en esta frase : « Gracias por habernos dado el Rosario ».

¿ Y la Orden Dominicana?

Yo ignoro su historia; no he leído sus constituciones; desconozco su espíritu.

Para mí, como para la generalidad de las gentes, la orden dominicana es el ejército pequeño reunido á los pies de María en Prulla, no como el de Pelayo en Covadonga,

para conquistar una nación, sino como el de los Apóstoles en el cenáculo, para conquistar el mundo.

La orden dominicana es Santo Tomás de Aquino volando hasta el cielo sorprendiendo los secretos de la divinidad y enseñándoselos á los hombres.

Santo Tomás de Aquino construyendo ese monumento mayor que las pirámides y el Vaticano, la Suma Teológica.

Santo Tomás de Aquino enseñando teología y filosofía al mundo entero durante seis siglos.

La orden dominicana es Savonarola en Italia, lleno de santidad y de talento y tan penetrado del lema de su Orden « Veritas », que por la verdad incurriera en el enojo de los que sin piedad le calumniaron.

La Orden dominicana es Luis de Granada, el primero de los autores místicos, el primero de los maestros del espíritu y el primero también de los hablistas castellanos.

Ese Fray Luis de Granada encanto de nuestra juventud, enseñanza de nuestra inteligencia, estímulo de nuestro corazón y solaz santo de nuestros ratos de esparcimiento.

La Orden dominicana es Vicente Ferrer, estremeciendo con su voz apostólica veintinueve reinos, siendo árbitro en disensiones de reyes y apaciguando con la diplomacia de la santidad guerras sangrientas.

Es Juan de Fiesole pintando como seguramente pintan los ángeles del cielo; es Antonino de Florencia prodigio de ciencia canónica; es Deza, aliento y consejo de Colón; es San Pío V triunfando desde Roma en las aguas gloriosas de Lepanto; es Juan de Colonia sellando con su sangre la fe y la santidad de los dominicos.

Esa es la orden de los frailes de Guzmán; un torrente de luz; un reguero de gloria; una fuente de ciencia; un instrumento de divina cultura; una fuente de progreso; una aureola de la Iglesia católica.

Porque luego hemos conocido á Pío IX canonizando más de cien mártires dominicos; ha llegado á nosotros la elocuencia de Lacordaire conmoviendo á Francia y haciéndola reconocer su prevaricación.

Con lágrimas de entusiasmo y de ternura pronunciamos el nombre de Montsabré vivo aún y víctima del estúpido Combes, y mil veces estrechamos la mano y besamos el

anillo del Cardenal Zeferino González gloria reciente de la Orden de Santo Domingo.

México no puede nombrar á la Virgen de Guadalupe sin nombrar el Arzobispo Alonso de Montúfar, primero que construyó un templo en el Tepeyac; México tiene que bendecir la memoria de aquel Fr. Bartolomé de las Casas, padre, que no Obispo de los indios.

Hoy en el templo de Santo Domingo celebróse solemne fiesta: estaba en el altar y en lugar preferente el patriarca de Guzmán; brillaban las luces; oíase el concierto de los músicos instrumentos; percibíase el olor del incienso; cubría las paredes rico terciopelo antiguo.

Pero lo característico de la función era el ambiente de amor, de entusiasmo, de ternura filial que allí se aspiraba.

Los católicos aman á Santo Domingo; los mexicanos le aman de una manera especial; los españoles le miran como cosa propia.

El hábito blanco; el Rosario; la negra capa característica del dominico aun pintados en la imagen de Santo Domingo excitan las simpatías de todos.

Parece que ese hábito tiene entre sus plie-

gues perfumes de la santidad de Catalina de Sena; acentos apostólicos de Ferrer; dulzuras de Granada; vibraciones de Lacordaire y silogismos de Aquino.

Rezos, cantos, ornamentos, muchedumbre, hábito, elocuencia, todo gritaba hoy con voz estentórea: « Viva Santo Domingo de Guzmán ».





XXXVII

Una fiesta y varios recuerdos.

DE acontecimiento católico podría muy bien ser calificada la función del corazón de María que se verificó en el templo de San Hipólito el domingo pasado.

Pocas veces la Santísima Virgen se habrá visto en un trono tan lleno de gloria como el que tuvo allí donde su culto y su amor son, por decirlo así, la atmósfera que se respira.

Las flores, en tan gran número que no parecía sino que se hubiesen despoblado los vergeles mexicanos, formaban grupos, cifras, canastillas y ramos desde las gradas del presbiterio hasta lo más alto del retablo.

Las naturales se mezclaban con las artifi-

ciales, que eran diminutas lámparas eléctricas, y que, encendidas á su debido tiempo, hacían un efecto estético magnífico y sorprendente.

Á uno y á otro lado del retablo se habían formado trofeos con las banderas mexicana, española, chilena, austriaca, como delicado obsequio á los embajadores de estas naciones que asistían á la solemnidad.

El altar que acaba de inaugurarse estaba precioso.

Relucían los bruñidos mármoles, se destacaban las graderías de gusto bizantino, podíase ver el elegante frontis con sus columnas de mármol italiano y las proporciones artísticas halagaban mucho la vista.

Á la izquierda estaba el trono para el señor Obispo que celebraba de Pontifical.

Trono propiedad de la Iglesia, coronado por las armas pontificias y formado de ricas cortinas de terciopelo como recogidas por varas de oro.

En lo más alto, y asomando por entre rosas de luz, aparecía la Virgen Santísima envuelta en azul manto coronada de brillantes estrellas y mostrando su Inmaculado Corazón.

Yo no sé si era aprensión : me pareció que la Virgen sonreía complacida mirando á sus hijos afanados en obsequiarla y honrarla.

Celebró de Pontifical el Sr. Obispo de San Antonio de Texas venido expresamente á México para asistir á San Hipólito.

Revistióse de oro el bondadoso prelado y comenzó la Misa.

En el coro ofició una brillante orquesta compuesta no más que de instrumentos de cuerda y arpas.

La masa coral, dirigida por Jorda, ejecutó con gran maestría la Misa, resultando un conjunto de mucha religiosidad.

Estuvo el sermón á cargo de un padre de la Compañía de Jesús.

Inútil es decir que predicó un fervoroso sermón.

Por la tarde hubo oración sagrada, del P. Cepeda, el cual tuvo encantado al auditorio con su fácil palabra y esa elegancia de maneras y de expresión que forman el estilo peculiar del P. Cepeda.

Oyéndole se comprenden las maravillas que por doquiera hace la divina palabra de los que son hijos genuinos del gran Claret.

Hubo después procesión que fué un paseo en triunfo de Jesucristo Sacramentado.

Después quedó la Iglesia sola y en la obscuridad, pero entonces aquel recinto se llenó de figuras y de voces que no eran de este mundo.

La Virgen del altar mayor movía los labios y se oía su voz más dulce que los acentos del ruiseñor.

Sonaba también la voz varonil de alguien que al principio permanecía en la obscuridad y luego se mostró vistiendo hábitos de Arzobispo, mitra en la cabeza y todo el aspecto de los bienaventurados del cielo.

« Ya ves que no en vano tomaste el nombre de mi Corazón para tu Congregación. Los que hace poco más de medio siglo eran seis, son ahora muchos miles diseminados en los dos continentes. Mira el trono que aquí en México me han levantado. Hoy, desde que apareció la aurora hasta hace un momento, no he dejado de oír mis alabanzas. Ha comulgado aquí tanta gente como en una de aquellas misiones que tú dabas cuando aun vivías en el mundo.

Los representantes de cuatro naciones poderosas han acudido al llamamiento de

nuestros misioneros y han doblado su rodilla delante de mí. Las notas de la marcha real española, del himno chileno y del austriaco se han mezclado con las sagradas estrofas de la liturgia.

« Ha sido un día de gloria para mí y también para tu Congregación. »

Cayó entonces el Arzobispo de rodillas delante de María y con acento conmovido dijo : « Bien sabéis que nunca confié en más patrocinio ni en más fuerzas que las de vuestra soberana protección.

El día aquel memorable de la santa Cruz en la cual me postraba por primera vez con mis hijos ante vuestra imagen, allá en Vich, mis palabras fueron estas : « somos pocos para que resplandezca más el poder de Dios. »

Providencialmente había hecho vuestro divino hijo que el nombre de vuestro inmaculado corazón no hubiera sido durante tantos siglos el nombre de ninguna familia religiosa. Estaba reservado para mí el último de los fundadores. Ni aun quise yo nunca fundar más que una familia de hijos de la Virgen y por eso los llamé hijos del Corazón de María.

Hijos vuestros hemos querido y queremos ser; vos, señora, habéis sido nuestra madre.

Con amor de madre me dictasteis constituciones de las cuales una sola bastaría para ser un santo perfecto.

Con amor de madre me hicisteis escribir que entre los nuestros se desee ser tenido y estimado por loco no dando ocasión alguna de ello.

Vos, señora, movisteis al gran Pío IX para que, lleno de entusiasmo, aprobara nuestras reglas y estado religioso, dándonos privilegios de que acaso no gozan otras órdenes antiquísimas.

Vos, señora y madre nuestra, disteis vigor y vida próspera á aquel pequeño plantel de Vich, aquellos seis jóvenes inexpertos en las batallas de la vida mundana.

Vos habéis convertido en astros los nombres de Xifre, Sala, Vilaro, Clotet y Fábregas.

Vos al poco tiempo abríais las casas de Vich, de Barcelona, de Segovia y de Huesca dándoles fervor y haciéndoles producir frutos de bendición que aun hoy subsisten para vuestra gloria.

Vos en poco tiempo preparasteis magní-

ficas moradas para vuestros misioneros en Jaca, Prades, Barbastro, Santiago de Chile, Thuir, La Serena, Aragón, Córdoba, Calahorra y Solsona.

En la corte de España vi á mis hijos edificando á todos con su fervor y su celo.

Allí moría evangelizando seminaristas el P. Aragón.

Allí, en la misma catedral de Madrid, se erigía la archicofradía de vuestro corazón logrando que reyes y magnates, lo mismo que el pueblo humilde, fueran á postrarse delante de los altares de María.

La grandiosa Universidad de Cervera canta tus glorias y en Santo Domingo de la Calzada reside el Gobierno de tu Congregación.

Y pasaron el mar y á Santiago de Chile siguieron las casas de México, Valparaíso, Cuba, Las Palmas, Toluca, Brasil, Orizaba, Andacollo y Temusco.

Había una región inhospitalaria. Vocación de mártir se necesitaba para ir á ella; pero el amor de la religión se unía ahora con el amor de la patria española, y bien lo sabéis, mis hijos aprendieron desde el nacer á amar á su Dios y á su patria ante todo y sobre todo.

Las misiones de Fernando Poo, las posesiones españolas del Muni pedían misioneros y los tuvieron en los hijos del immaculado Corazón de María.

La Cruz y la bandera roja y gualda se alzaron y se alzaron en la mano de los hijos del Corazón de María.

El catolicismo y España triunfan hoy entre aquellas salvajes tribus pero triunfan mientras por doquiera se oye cantar :

Oh Dulce Corazón de María,
Sed la salvación mía.

Aun se respira aquí el humo del incienso; aun hay aquí efluvios de amor y de plegarias, es el amor de vuestros hijos, es el amor de vuestros misioneros que al par son mis hijos queridísimos.

Á la sombra de vuestro manto viven y alientan. Protegedlos siempre, madre amante; seguid siendo su amor y su alegría.

Entre ellos tenéis hijos predilectos, lo sé.

Hace posos días que en este nuevo altar que ha dedicado su celo de la gloria vuestra, vimos celebrar una Misa á alguien á quien miramos con gran amor vos y yo también.

Con el ardor con que trabajan los mun-

danos para lograr sus fines terrenos había trabajado aquel hijo nuestro para levantar este altar y luego al verlo acabado, dijo : « Quiero ser el último que en el altar celebre » y el último fué.

Una bendición especial para él, una mirada de amor para todos mis hijos, un rayo de luz de gracia para los que han contribuído y contribuyan á darte gloria en este templo. »

Así habló el santo Arzobispo y sintióse luego como aleteo de ángeles que llevaban mandados del cielo y en el corazón de los capellanes de San Hipólito rebosaba la alegría, sin saber por qué y en el alma de los bienhechores de San Hipólito había la íntima satisfacción de quien tiene por amigos á los santos del cielo.



ÍNDICE

I. — El género chico	11
II. — Cuestiones religiosas.	16
III. — Los ilustrados	21
IV. — La mujer emancipada	26
V. — Libertad de cautivos	32
VI. — Ilusión y realidad	37
VII. — ¿Y los jóvenes?	42
VIII. — El problema.	48
IX. — La ropa de la criada.	54
X. — Ley del embudo.	60
XI. — Aurora.	65
XII. — Mentiras de « La Verdad »	70
XIII. — Belleza y fe	75
XIV. — Religión condescendiente.	81
XV. — La chismografía	86
XVI. — Fraseología	91
XVII. — Lo cursi	97
XVIII. — Conversación.	102
XIX. — Algo de Pedagogía.	107
XX. — Algo de música.	112
XXI. — El club.	118
XXII. — Indiscreciones	123
XXIII. — Maternidad.	129